

Al hijo por nacer

A Germán Berdiales

Ya es sonrisa de luz tu luz ausente,
aún no escucho tu nueva voz herida,
aún no tengo tu mano florecida
y, sin embargo, estás en mí presente.

Retornas a mi lado y en tí voy;
ambos somos lo mismo y diferente.
Como el río a la mar, a tí me doy
para poder vivir eternamente:
donde quiera que estés, contigo estoy.

No he sentido tu voz y ya te escucho,
y sin verte, sé verte;
aún no estás en peligro y por tí lucho
con la vida y la muerte:
donde quiera que estés está mi suerte.

Ya te espero, transido
desde el alto quebranto
de un amor frutecido
por la gracia del sueño y el milagro del llanto,
ya te esperan mis manos con la forma del nido:
donde quiera que estés, está mi canto.

Mientras el tiempo labra
en tu bajel esquivo,
quiero decirte, hijo, mi encendida palabra
de dicha por tu arribo:
tengo un pegaso blanco sin brida y sin estribo
para que en él remontes el alba temblorosa:
ya te espera la estrella, el arado y la rosa,
el laurel y el olivo.

Tú sabrás elegir entre el surco y el fuego,
entre la inerme rama y el águila sedienta,
si tus labios se prestan para el grito o el ruego,
si el ideal te inspira o el odio te alimenta.

Y si tienes, por suerte, la mano del labriego
y el corazón sencillo que tu abuelo tenía,
encontrarás la tierra generosa en sosiego,
con la hermandad perfecta que Francisco quería.

Por ello mi ternura temerosa aconseja:
Sé manso como el agua
y activo cual la abeja,
pero también sé fuerte
como el árbol que deja
la gleba enamorada
por alcanzar la estrella,
cada vez más distante
y por eso más bella...

Ni placer obsecuente, ni dolor enemigo
en la dicha serena de tu vivir influya;
si te hiere la amiga o traiciona el amigo
echa al viento sus nombres y apresura tu paso:
que de toda ilusión y de todo fracaso
la fe te restituya.

Y aprende de la rama
que ama serenamente
sin reparar que ama...